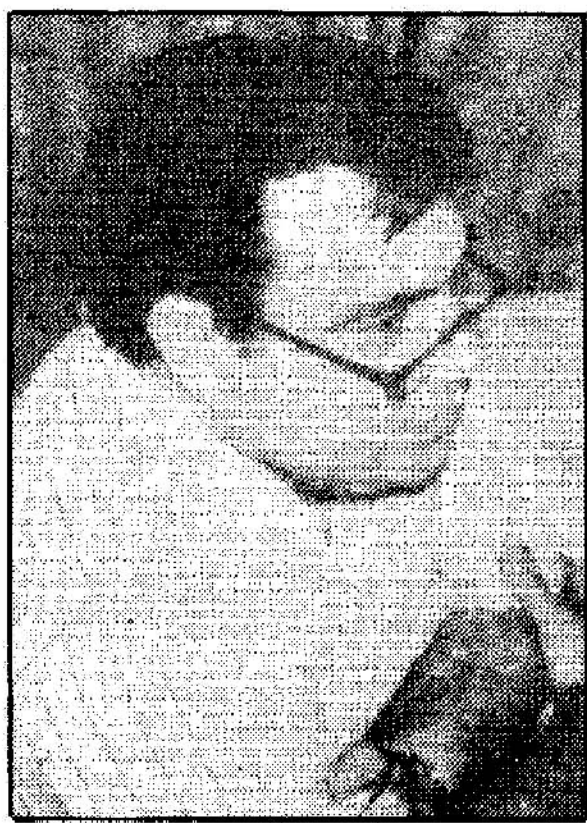


Mi primera visita al poeta Alfonso Cortés



disparatado.

—El calvinismo lo está introduciendo el gobierno— aludió al régimen de su coterráneo Juan B. Sacasa, un mandatario sin mando que en 1936 se vio obligado a dejar la Presidencia de la República, pero que para Alfonso continuaba en su cargo.

Pasó entonces a referir que Porfirio Barba Jacob, el poeta y pederasta colombiano, se portó maldoso y canalla cuando dijo que las picmas de un joven de medias café —mientras recorrían las calles de León— eran preciosas.

—Yo tengo buenos y malos versos— admitió. Pero sólo los primeros deben publicarse.

Nosotros sólo le escuchábamos hasta que Octavio intervino:

—Basta “Ventana” y otros pocos para que usted trascienda en lo universal.

Al poeta, señorialmente arrellanado en su butaca, le disgustó esa opinión.

—No hay que tener lengua viperina, señor— reaccionó. —Uno debe de ser franco, pero con buenas razones y hablar poco. Yo soy de pocas palabras— agregó, teniendo ya unos quince minutos de parla

casi imparable.

—Además, soy uno de los primeros poetas de la Patria o cosa así. Yo me echo a la poesía con Félix Pedro López, Fernando Larios y Anselmo Fletes Bolaños. Mi deber es hacer mis versos lo mejor que pueda.

—¿Y usted dónde vive?— me espetó.

—En Granada.

—Ahí, sí, Granada, la ciudad del amigo Félix Pedro López. No la conozco, pero cuando regrese a Managua voy a darle un vistazo. Su arquitectura es volátil. ¿No es así?

—Como la de León —comenté—, aunque con más gracia y armonía —se me salió el orgullo local—. Salomón de la Selva la cantó. ¿Ha estado leyendo a Salomón?

—¿Por qué me hace esa pregunta?— me lanzó un bumerang, clavándome sus destellantes ojos azules.

Octavio intervino de nuevo aclarando que yo investigaba la obra primigenia de Salomón. Alfonso continuó su perorata diciendo que, pese a que algunos hablaban mal de su persona, él no descalificaba a

nadie. Igualmente nos habló de la Divina Comedia.

—O cosa así— reiteraba su muletilla.

—Porque lo primero que se explica —sentenció— es la Santa Madre Iglesia y luego, difícilmente, la Patria.

Alfonso siguió contándonos que en su adolescencia había dormido con una serpiente, a la que mató al despertar; experiencia que desarrolla en su poema “Cuadro” y que, años más tarde, me serviría para advertir que en ese texto operaba uno de los símbolos de transformación explicados por el psicoanalista Young, reveladores de una sostenida represión sexual.

También nos habló de Poe, de sus traducciones del inglés, francés e italiano (hechas, cuando era muchacho, para dar a conocer la literatura nueva a los jóvenes de su época); de la sabiduría de Quevedo, de Virgilio, de los malos poemas de Darío, del respeto que le profesaba a los tata-curas (así llamaba a los sacerdotes); de Antonio Machado, de San Juan Crisóstomo, y, en fin, de San Pablo, o cosa así.

En 1965 inicié el primer ciclo de un programa de extensión cultural que promovían Octavio Robleto, Octavio Martínez Ordóñez y Jaime Wheelock, su coordinador en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua en León. Su tema fue, naturalmente, “Breve panorama de la literatura nicaragüense”, primera conferencia que impartía en mi vida, a la que siguieron una ojeada sobre el cuento nacional de Mario Cajina Vega, una lectura poemática de Beltrán Morales y la exposición “Chontales en la poesía nicaragüense” de Guillermo Rothschild Tablada.

Pero lo más interesante de mi visita a la ciudad metropolitana, después de ganarme 50 córdobas por mi conferencia en el Club Universitario, radicó en que al día siguiente, jueves 4 de noviembre, fui a conocer en su casa al poeta loco Alfonso Cortés. Me acompañaron Robleto y Fannor Téllez, después de tomar café frente a la pequeña plaza enladrillada de “La Recolectión”, donde iban y venían futuras odontólogas con sus gafas y sobretodos blancos y alguna muchacha ritmo de venada, novia de poctáfobo.

Tras las presentaciones formales, autorizadas por su hermana María Luisa, se inició la conversación en la sala; pero Alfonso —mostrando una ininterrumpida lucidez— me impresionó tanto que permanecí sumido en el más respetuoso silencio. Nos comunicó —y esto no es más que un breve recuento de lo que recuerdo— que había realizado una traducción cristiana del monólogo de Hamlet, porque tal pieza era calvinista o cosa así; que la cuestión para Shakespeare es ser o no ser, pero que (según su traducción) ser o no ser no era la cuestión.

—Porque la cuestión es salvarse— sostuvo con énfasis.

Pulcramente vestido de traje blanco, Alfonso parecía una especie de semidiós metafísico; más ahí lo tenía de frente, encarnando su locura locuaz y erudita, asociando ideas de épocas diversas, enquistadas en su cerebro admirablemente

SONETO A JORGE

EDUARDO ARELLANO

*Acaso es heredero del genio de Atenea
la amante de las artes y la sin par victoria
el singular varón que tenaz capitanea
las manifestaciones creativas y la historia.*

*No hay tema en la cultura ni género en las letras
ajeno a su labor de enciclopedista nuevo.
Por eso su talento y su pluma, y no las cetras,
preservan la nación del primitivo medioevo.*

*Yo he visto su dolor y amor de terrestre divo
cuando pelea con Clío o escudriña su mente,
exacta siempre en datos de ayer y del presente.*

*My dear cousin: ni piedras ni envidias hieran tu alma,
por ti, doctos y legos han de batir sus palmas.
¡Jorge Eduardo Arellano: o el diccionario vivo!*

Francisco Arellano Oviedo